

*Iuri Lotman y la semiosis histórica ante
el historicismo*

(Un debate europeo del siglo XX)

Este artículo es una aproximación inicial a la sistematicidad de la cultura como realidad susceptible de ser documentada y analizada de modo empírico en su temporalidad histórica. En concreto, se analizarán las alternativas para una historia del campo cultural con metodología no historicista y se presentará en perspectiva crítica un largo debate europeo que cruza el siglo XX para culminar en cierto modo en la noción lotmaniana de semiosfera. Igualmente, se señalará algo sobre el lugar que en este plano corresponda a la canonicidad, concepto delimitado por Victor Shklovski en trabajos de los primeros años 20 del siglo pasado para marcar el carácter postulado, normativo y legitimador de modelos y textos en un estado de cultura determinado, pero que ha sido desarrollado con pleno aprovechamiento empírico por investigadores de la escuela de Tel Aviv (Even-Zohar 1990: 15–17, Sela-Sheffy 2002) para reforzar la idea de la no esencialidad del valor artístico.

Dos aclaraciones se hacen necesarias antes de comenzar: por alternativas al historicismo se entienden aquí tanto las dirigidas a la expresión idealista de esta posición epistemológica como las más próximas al positivismo o incluso al materialismo histórico, pero no propiamente las vinculadas a los desarrollos del anti-idealismo nietzscheano; en segundo lugar, en relación con el proceso meta-disciplinar de la Historia como saber/ciencia y como conjunto de prácticas discursivas e institucionales, debe reconocerse de partida no sólo la posibilidad sino la existencia real de una tradición que no se deja explicar como Historia historicista, fundamentalmente por haberse desprendido del impulso hacia una individualización excluyente en relación con “el sujeto de la historia”. Quiere indicarse, en

otros términos, que el historicismo no es condición epistemológica o metodológica ineludible o connatural de la disciplina moderna identificada como Historia. Y que no lo es o no lo ha sido, sobre todo, en tanto en cuanto la Historia alcanzó a pluralizar, o como mínimo a jerarquizar en una serie cerrada, sus sujetos, los *individuos históricos* que la protagonizan, el Estado entre ellos (Carreras Ares 2000: 43–58).

Sin embargo, nada es sencillo cuando se pretende hablar de historicismo. En una línea de argumentación ciertamente polémica y a la vez sólida, Juan Carlos Rodríguez (1996) ha negado la supuesta crisis del historicismo en la segunda mitad del siglo XX y ha mostrado algunas vías ciertas de su continuidad. Sobre todo las dos siguientes: el *historicismo evolucionista*, que sin abandonar un horizonte hegeliano se ejercitaría en el formalismo empirista y en el formalismo kantiano, y el *historicismo tecnicista/ profético*, con fundamentación en Nietzsche y en Heidegger. El primero de ellos, lo ejemplifica Rodríguez con la obra de Roman Jakobson y con el trayecto general del estructuralismo; el segundo, con la arqueología del saber de Michel Foucault¹.

Por supuesto, las coyunturas que mayor interés tienen en esa perspectiva son las que supieron desconfiar de una autonomía disciplinar de la Historia llevada al límite. Esto fue con certeza más fácil de asimilar en la agenda de los historiadores *no sectoriales* que en la propia de quienes en la modernidad se han ocupado de hacer Historia literaria, Historia de la cultura o Historia del arte, por ejemplo. En efecto, todo parece más complejo cuando se atienden las líneas de desarrollo que a partir del haz disciplinar concentrado de una Historia sin adjetivar – suficientemente legitimado en el reduccionismo por románticos y positivistas – se fueron diferenciando a partir del último cuarto del siglo XIX, momento por cierto en el que

¹ Un aspecto importante de este análisis es el lugar respectivo que ocuparían las épocas o las epistemes en esas formas contemporáneas (¿vigentes?) del historicismo. Rodríguez defiende que frente al carácter rector y regulador de la noción hegeliano-evolucionista de *época* en cuanto expresión del *Geist*, el concepto foucaultiano de *episteme* poseería una marca enraizada en el pensamiento de Heidegger, ontológica y hermenéutica por tanto, orientada en fin a facilitar la interpretación del ser y del lenguaje.

comenzó a usarse el vocablo *historicismo* y en el que Friedrich Nietzsche marcó sin medias tintas un uso peyorativo del mismo por vinculación con dos notas básicas que Carreras Ares (2000: 40) ha descrito con exactitud en sus estudios sobre el historicismo alemán: “pasividad esteticista y erudición desprovista de vida, o lo que era peor, enemiga de la vida misma”.

Pero tan relevante como esto que se indica lo fue la propia pluralidad de significación del historicismo como pauta ya desde sus mismos orígenes, con incidencia muy variable en los planos epistemológico y discursivo dependiendo de la clase de axialidad de lo histórico que se promoviera como programa heurístico de partida. Piénsese, por ejemplo, en la concreción narrativa del historicismo cultural propio de los procesos de *nation-building* y en los elementos sobreañadidos por esa dinámica discursiva a la idea – mucho menos problemática – de aceptar la historicidad como categoría básica de comprensión de los hechos humanos. Piénsese incluso en el modo de gestionar en términos discursivos las claves *individualidad* y *autonomía*, en las que tanto insistió Friedrich Meinecke en *Die Entstehung des Historismus*, la obra que en 1936 dedicó al frustrado rescate epistemológico del historicismo, cuando una revista como *Annales d'Histoire économique et sociale* llevaba ya siete años de rodaje.

El proceso del historicismo y la centralidad de la historia entre el idealismo alemán y la filosofía de la praxis gramsciana se comprende en su auténtica dimensión sólo al repasar la trayectoria conceptual del término *historia*. Según ha expuesto Reinhart Koselleck en *Geschichte, Historie* (1975) los cambios conceptuales del término fueron de tal profundidad a partir de finales del siglo XVIII que en realidad estaríamos en ese momento ante un verdadero neologismo moderno. Tras la revolución francesa, la palabra *historia* vino a ocupar este lugar de referencialidad absoluta como “principio regulador de toda experiencia y de toda expectativa posible” (Koselleck 1975 trad. 2004: 82) y como efectivo concepto-guía de la modernidad. Esto fue inicialmente así solo en el ámbito cultural alemán, pero irradió pronto hacia la mayor parte de los sistemas de pensamiento europeos. El proceso que según la *Begriffsgeschichte* de Koselleck introdujo la posibilidad de un uso abstracto y global del

concepto, sin limitación a la experiencia de lo individual, tuvo que ver con la comprensión de la historia como entramado de causas y efectos, por encima de la simple relación de sucesos.

En estas coordenadas, propicias ya al teleologismo que incorporarían la filosofía de la historia hegeliana y las formas variables del determinismo, hay que situar el debate sobre el *punto de vista* del historiador, que, con precedente en Leibniz, trajo a primer plano desde la hermenéutica prerromántica Johann Martin Chladenius. Sus razonamientos sobre la legitimidad del punto de vista del historiador como base de su discurso incorporaron la justificación de una perspectiva crítica en la labor de hacer y escribir historia, posición que ahora nos parece la única irrenunciable entre las que puedan sustentar cualquier empresa historiográfico-literaria, según se ha encargado de subrayar Remo Ceserani: “una cosa, tuttavia, è certa: chi si accinge a scrivere una storia letteraria deve sapere che egli ha comunque di fronte a sé un problema di scelte, di assunzione esplicita di un punto di vista e di una prospettiva” (en Lavagetto 1999: 99).

Pese a lo señalado, el vigor metodológico posterior del positivismo, su abanderamiento antidogmático y su programa a favor de la asimilación de las premisas y operativos de la ciencia experimental vencieron aquel impulso constituyente del *punto de vista* heurístico y analítico. El apoyo programático vino del propio Auguste Comte y de los postulados de Leopold von Ranke. Entre estos últimos emergieron dos claves con incidencia directa en lo que aquí tratamos: 1) el historiador reúne sin juzgarlos un conjunto de hechos documentados que se *autoconstituyen* en relato histórico por sí mismos y 2) la historia tiene entidad propia como *res gesta* y *posee* una estructura definida accesible al conocimiento. Se trata con toda evidencia de marcas de autonomización no solo de la discursividad de la Historia sino ya antes de la propia entidad de los acontecimientos en una temporalidad que en ningún momento se siente la necesidad de explicar como construcción cultural. Lo promovido por el historicismo positivista fue así una temporalidad ajena a toda semántica histórica, una temporalidad desentendida de toda semiosis, autónoma de cualquier explicitación de base sobre la percepción o la experiencia concreta del tiempo y de sus ritmos en el discurso técnico. En el terreno de la historiografía literaria es constatable en

ese plano la preeminencia de dos modos de resolución del programa científico del historicismo, el teleológico y el genético, según se haya priorizado un proyecto planificador o un proyecto comprometido con la localización de los orígenes de una cierta (o incierta) singularidad, básicamente cultural-nacional. En ambos casos, el canon se acomodó a menudo como mecanismo de fijación de un supuesto destino histórico, el de la nación.

A propósito de una historia literaria o cultural de signo no historicista los marcos de referencia más propicios me parecen los derivados del paradigma sistémico-funcional tal como se empezó a formular a finales de los años 20 del siglo pasado entre los formalistas rusos², con continuación posterior en el Círculo de Praga y en el último tercio del siglo – tras el ocaso de la hegemonía del funcionalismo estructuralista fundamentado por la escuela de Ginebra, tendente a la observación sincrónica – por la semiótica de la cultura y los estudios del polisistema cultural. Hablamos en consecuencia de las escuelas de Tartu-Moscú y de Tel Aviv y de sus máximos representantes, Iuri M. Lotman e Itamar Even-Zohar, respectivamente. Este último, según es bien sabido, ha reconocido en sus trabajos la deuda o al menos la confluencia intelectual con Lotman, bastante evidente en nociones como *polisistema*, *repertorio* y algunas otras. Se trata de una convergencia que podría haber surgido, según señala Even-Zohar (1990: 2), por la decisiva influencia de una tradición teórica compartida, pero también por el simple hecho de haber partido de premisas heurísticas próximas, lo que podría explicar un paralelismo más, el dado con la sociología del campo cultural de Pierre Bourdieu, ajeno en este caso por completo a la tradición ruso-checa del funcionalismo dinámico (Even-Zohar 1990: 3).

He hablado de signo no historicista a propósito de estos modelos y acaso sean necesarias algunas precisiones, no todas abordables en este momento. Resulta constatable que ni Lotman ni Even-Zohar han reclamado una centralidad de la Historia literaria o cultural en sus modelos pese a referir permanentemente a la historia la descripción

² Fue Tinianov el primero en hablar de una perspectiva sistémico-funcional para los Estudios literarios.

de los procesos culturales estudiados³. También lo es que, contra la práctica historicista, no ciñen su atención en exclusiva al terreno de la individualidad histórica, llámese *Estado*, como en Ranke; *pueblo*, como en el pensamiento prerromántico herderiano; *época*, como en la estilística de Karl Vossler; o *genio autorial* en diversas perspectivas de signo historicista o antihistoricista. Incluso podría valorarse si en sus respectivos programas de investigación sigue ausente, como en los formalistas, la categoría de tiempo histórico⁴. Sin embargo, nunca deja de ser operativa en uno y otro pensadores la referencialidad epistemológica de lo que Even-Zohar ha descrito⁵ como *funcionalismo dinámico*, entendido como una alternativa a la práctica historiográfica común, además de serlo también sin duda a un funcionalismo estático y a su correspondiente teoría de sistemas estáticos. Por esto es por lo que parece apropiado hablar de una *policronía dinámica*, como ha sugerido Milan V. Dimić en sus análisis sobre el método en la teoría de los polisistemas. Tampoco es

³ Manuel Cáceres ha recordado recientemente “el papel central de la historia en la obra de Iuri Lotman” y en la de una mayoría de los investigadores de algún modo vinculados con la escuela de Tartu-Moscú (Cáceres 2007). Entre éstos menciona explícitamente a Arón Gurévich, Eleazar Meletinski, Vladímir Toporov y Mijaíl Gaspárov. De este último teórico ofrece una colaboración el número 9 de la revista *Entretextos*, referida en su práctica totalidad a la cuestión de la historia en el pensamiento lotmaniano, con trabajos además del propio Lotman, uno de ellos en colaboración con Uspenski, y otros dos de Gueorgui Knabe y Bogusław Żyłko.

⁴ En el primer Lotman probablemente sí estaba ausente (Żyłko 2006). En Even-Zohar no lo parece, según se desprende del título y de la organización interna de su primera monografía, *Papers in Historical Poetics* (1978). Al emplear la expresión “tiempo histórico” incorporo la argumentación de fondo de la crítica de Bajtin a los desarrollos teóricos sobre Historia literaria debidos a Shklovski y al propio Tinianov, la cual, por cierto, además de una dimensión ideológica está asentada en una disensión estética (Bajtin 1928 trad. 1994: 245–265). Recuérdese que Bajtin interpretaba que en la concepción de lo histórico por parte del formalismo pesaba en exceso su proximidad estética con el futurismo.

⁵ En especial en la introducción a su trabajo más leído (Even-Zohar 1990: 1–6) y en los epígrafes iniciales de “System and Polysystem in Modern Functionalism: Statics vs. Dynamics” (1990: 9–11).

desproporcionado decir que un objetivo presente en los dos programas de investigación es la localización de un equilibrio entre lo individual y lo tipológico (de ahí el hincapié en los sistemas modelizantes), entre lo particular y lo general regido por normas o leyes y entre las dos manifestaciones de la historicidad, la estática y la dinámica. A este último respecto, como defendió Even-Zohar en “Poly-system Studies”, es insostenible la reducción de lo histórico a lo diacrónico. Dicho en otras palabras: la sincronía es histórica⁶. Que en este punto se pueda señalar o no una posible respuesta a los juicios críticos de Bajtín sobre la teoría del método formal, o incluso una contestación a la metodología del materialismo histórico en su conjunto, es materia compleja que aquí no puedo desarrollar.

Donde más nítida se hace la marca no-historicista de los dos modelos señalados es en la denuncia compartida de lo que bien podría denominarse *falacia autonomista* del historicismo, a través de la cual se sublimó el carácter autorreferencial, cerrado y unificado del objeto de estudio, rebajando o negando de paso la existencia de marcas de heterogeneidad o incluso de conflicto en la presentación individualizada de Estado, pueblo, época, etc. También, en otro plano, en la propia naturaleza semiótica de la historia, esto es, en el reconocimiento previo del hecho de que, como indica Boris Uspenski (1988–1989), la percepción de la procesualidad histórica nace de la semiotización de la realidad, lo cual incorpora un momento heurístico, un momento cognoscitivo y por supuesto también un momento discursivo. De nuevo, si así lo queremos ver, una recuperación del *punto de vista* del que habló Chladenius en 1742 (Kosselleck 1975 trad. 2004: 113–126), solo que ampliado ahora al destinatario social de la historiografía, que es quien a fin de cuentas agrega un significado determinado al texto de los acontecimientos seleccionados y presentados, por constituir necesariamente toda conciencia histórica una *semiosis*, una transformación del no-signo en signo (Uspenski 1988–1989 trad. 1993: 49–50). Y esto ya en el mismo arranque de la semiotización, pues para el teórico ruso el

⁶ Por lo que para una negación de esta perspectiva sería más apropiado utilizar la etiqueta *funcionalismo sincronístico* antes que *sincrónico* (Even-Zohar 1990: 11).

proceso histórico es representable como un proceso de comunicación abierto en el cual se incorpora sin cesar información nueva que origina reacciones también nuevas en la comunidad aludida (apelada) por esa acción comunicativa. Así que el proceso histórico entendido como comunicación constituye a la vez una exigencia de semiosis renovada. En un trabajo temprano, “*Historia sub specie semioticae*”, Uspenski formalizaba la idea con estas palabras: “in its rudimentary phase the historical process is a process of generating new «sentences» in some «language» [entendido éste en términos amplios, semióticos] and of having them read by a societal addressee or social group” (Uspenski 1974 trad. 1988: 107).

Todo historicismo eleva la Historia a disciplina suficiente y autónoma, y por ello mismo opta por delimitar objetos de análisis compactos sobre los que postular los principios de autonomía y centralidad. Mientras, lo importante de modelos no-historicistas es, en primer lugar, que incorporaron una interdependencia disciplinar de la Historia con otras ciencias; en segundo término, que se ocuparon de los espacios fronterizos de intercambio y de transferencia entre lo central y lo periférico; y tercero, que supieron delimitar nociones como *sistema* o *semiosfera* justamente en cuanto campo de ajuste entre identidades y alteridades, razón por la que se hizo preciso hablar de *polisistemas* – en plural⁷ – e incluso de la irregularidad estructural interna de la semiosfera, porque, como ha señalado Lotman”,

la semiosfera es determinada, en particular, por el hecho de que, siendo heterogénea por naturaleza, ella se desarrolla con diferente velocidad en sus diferentes sectores. Los diversos lenguajes tienen diferentes tiempo y diferente magnitud de ciclos: las lenguas naturales se desarrollan mucho más lentamente que las estructuras ideológico-mentales. Por eso, ni hablar se puede de una sincronidad de los procesos que transcurren en ellos. (Lotman 1984 trad. 1996: 31)

⁷ Y no como simple convención terminológica, destacó Even-Zohar (1990: 12).

De lo anterior se sigue el interés por lo conflictivo y por el permanente reajuste sistémico, también por lo fragmentario e incompleto. Ello no supuso ignorar un principio de jerarquización, sistémico también en sí mismo por marcar posiciones de dominio y de subsidiariedad o dependencia en los repertorios, en el plano institucional o entre los propios agentes que intervienen en la producción y el consumo de bienes culturales, dicho todo ello en el lenguaje de la teoría polisistémica. Son presupuestos que en realidad tienen su formulación inicial en las tesis de 1928 que Iuri Tinianov y Roman Jakobson expusieron de modo sumario a propósito de la Historia literaria, en principio como intento de compatibilizar la descripción sincrónica y la diacrónica a propósito de fenómenos literarios y de lenguaje⁸. Se hace preciso detenerse brevemente en esos presupuestos porque conservan vigencia y porque, formulados casi un siglo después, siguen constituyendo un reto metodológico y heurístico que no pierde actualidad, como dejó anotado el propio Lotman en un trabajo de 1974 proyectado después de forma vertebradora en *Cultura y explosión*⁹ (1992). En la tesis quinta, los formalistas oponían la noción de sistema literario sincrónico a la de época literaria, de evidente regusto historicista. Lo más relevante de su posición – resultado probable de un ajuste con las posiciones del pensamiento sociológico marxista y muy en particular con las críticas de Mijail Bajtín (1928) – fue la apertura del concepto de sistema literario e incluso el desbloqueo de su núcleo central para integrar en él, si así correspondiere, elementos que aún hoy son percibidos por la

⁸ La declaración de principios tuvo su precedente fundamental, casi punto por punto, en un trabajo escrito por Tinianov en 1927 y publicado dos años después, “Sobre la evolución literaria”. En él se postula que el único modo de estudiar la evolución literaria es dando cuenta de la sustitución de sistemas. El ensayo figura en la compilación de Volek (1992: 251–267).

⁹ Baste la mención de las cinco polaridades atendidas en la publicación de 1974: sistémico/extrasistémico, unívoco/ambivalente, núcleo/periferia, descrito/no descrito y necesario/superfluo. Teniendo muy presente este trabajo de Lotman, Jüri Talvet (1997) ha dedicado un estudio a la descripción comparada de la modernidad en el pensamiento de Lotman y en el de Ortega y Gasset. Y a eso mismo nos encaminaremos aquí de inmediato, aunque bajo un prisma algo diferente.

historiografía literaria prevalente como extrasistémicos. La posición de Tinianov y Jakobson (1928 trad. 1970: 104) se concretaba del modo siguiente:

La noción de sistema literario sincrónico no coincide con la noción ingenua de época literaria, puesto que el sistema está constituido no sólo por obras de arte próximas en el tiempo, sino también por obras incluidas en el sistema y que provienen de literaturas extranjeras o de épocas anteriores. No es suficiente catalogar los fenómenos coexistentes y otorgarles iguales derechos: lo que interesa es su significación jerárquica para una época determinada.

Además, la tesis octava localizaba una nueva alternativa para la Historia de los sistemas literarios al defender la necesidad de hacer compatibles las leyes inmanentes de la evolución y el cambio literario-cultural con las propias de las “otras series sociales”, orientándose ese conjunto como una correlación que Tinianov y Jakobson calificaron lúcidamente como *sistema de sistemas*¹⁰ (105). Exactamente de aquí y de las propuestas semióticas de Mukařovský y de otros *seniors* del Círculo de Praga que desarrollaron el pensamiento historiográfico-literario de Tinianov y de Tomachevski, en especial durante la primera mitad del decenio de los treinta (Galan 1988), derivaría en 1942 el joven Felix Vodička su alternativa a la Historia literaria historicista.

¹⁰ En ello cabe señalar otra línea más de negociación y ajuste, no solo con la ortodoxia marxista sino en particular con las especificidades del programa de investigación propio del Círculo de Praga. En 1928 Jakobson llevaba ocho años viviendo en la capital checa, donde fue miembro fundador del núcleo, mientras que Tinianov residía en Leningrado, desde donde viajó en alguna ocasión a Praga (Galan 1988: 28). El cierre de la tesis octava del texto que firmaron los dos teóricos rusos dejaba claro en todo caso que no se hacían concesiones a un régimen de heteronomía para la producción artística y literaria: “Considerar la correlación de los sistemas sin tener en cuenta las leyes inmanentes a cada sistema, es un camino funesto desde el punto de vista metodológico” (1928 trad. 1970: 104).

Su objetivo era alcanzar la reconstrucción de la norma literaria en un momento sistémico dado y, de modo conjunto, presentar una jerarquización axiológica y sociológica de los valores estéticos dominantes. Así lo resumía el propio teórico: “La evolución y los cambios de la norma literaria, la estratificación social del público literario, el cambio de los valores literarios, la relación de la norma con la evolución literaria y con la evolución cultural y política, son tareas que se nos ofrecen” (Vodička 1942 trad. 1995: 43). Con ello se abría un espacio para integrar la recepción, la canonicidad y el consumo como factores histórico-culturales sin desatender lo que de forma un tanto equívoca, y desde luego no parangonable con nociones como *habitus* o *toma de posición* en Bourdieu, Vodička apelaba en aquel momento como *volición* o *intencionalidad* (autorial o incluso epocal), en dependencia de un principio teleológico¹¹. Sin embargo, sí hay un aspecto en el que Vodička *previó* la crítica bourdiana de la Historia literaria como historia del subcampo de producción restringida (Bourdieu 1994 trad. 1997: 65–73). En particular al advertir, con giro sociológico, que en el estudio de los valores literarios y de la conciencia artística se hace precisa la mayor atención y una afinación del método para entender lo que denomina “base social de la diferenciación del gusto literario” (Vodička 1942 trad. 1995: 29). Lo más interesante de las páginas que el teórico checo dedica a la reconstrucción de una axiología literaria en un momento histórico dado me parece su consideración de algunos de los parámetros que Rakefet Sela-Sheffy (2002) ha estudiado como muy pertinentes para una teoría sistémica del canon y de la canonicidad. Sobre todo en lo referido al canon como mecanismo de estabilización sistémica y, quizás en mayor proporción aún, en lo tocante a la capacidad generativa (*generativity*) de los modelos canonizados, que opera muy diferenciadamente según en qué clase de producción cultural se fije la atención.

Casi en simultaneidad con el proceso indicado, José Ortega y Gasset concretaba en España un giro en su pensamiento para

¹¹ No dependiente del idealismo hegeliano sino de desarrollos fenomenológicos de la escuela jurídica de Brno por los que también se interesó Jakobsen.

desarrollar la clave *razón histórica*, en la cual es preciso señalar distancia epistemológica y a la vez algún elemento de proximidad con las posiciones de los formalistas rusos y los estructuralistas checos. Me referiré en particular a su ensayo “Historia como sistema”, enviado para el homenaje a Ernst Cassirer, el maestro de Marburgo exiliado en Londres desde 1933¹². El análisis de Ortega, además de sustentarse en un título tan efectista, contiene pasos significativos para la interpretación de su propio proceso intelectual, aunque no es de esto de lo que se va a hablar ahora, ni tampoco de lo que pueda haber de concordancia con otras propuestas anteriores o coetáneas, a partir ya de la filosofía de la vida de Dilthey, ante el telón de fondo de lo que con Husserl llamaríamos *crisis de la razón* en la Europa de entreguerras¹³.

¿De qué sistematicidad hablaba Ortega? Lo primero que hay que recordar es que en 1928 había fundamentado como alternativa a la filosofía de la historia de Hegel y, con acritud, también al positivismo de Ranke lo que llamó *historiología*, disciplina caracterizada como propiciatoria de un acceso inmediato a la realidad de los hechos históricos. Acceso que lo sería también para Ortega a la estructura preexistente y no estática sino dinámica de la realidad. Ortega no está tan lejos en esas breves páginas de los presupuestos de *Annales*¹⁴. Pero lo que escribe unos años después en el homenaje

¹² El volumen colectivo aparecería en el propio Londres el año 1936 en edición de R. Klibansky y H.J. Paton con el título *Philosophy and History* (Oxford UP).

¹³ Se mencionó ya en estas páginas a Friedrich Meinecke, quizás el último gran defensor y sistematizador del historicismo idealista alemán (Carreras Ares 2000), autor en 1945 de un triste libro fruto de la coyuntura vivida, *Die deutsche Katastrophe: Betrachtungen und Erinnerungen*, en el que se carga el error nacional alemán más a esa crisis europea de la razón que a motivos propiamente político-ideológicos y económicos.

¹⁴ O, más que de esos presupuestos, de la forma de encarar los abusos del positivismo en su formulación rankiana. Otra cosa es, sin duda, la concreción de una alternativa. Ahí la distancia de Ortega con Marc Bloch y Lucien Febvre se agranda. Véanse estas líneas, todavía neokantianas, como muestra de la proximidad (y de la diferencia): “Sólo cuando exista una historiología la historia dejará de ser en lo esencial un cronicón – porque sólo entonces

a Cassirer va más lejos. Diferencia entre ideas y creencias y defiende que si bien las ideas de un tiempo histórico no constituyen un sistema propiamente dicho sí lo constituyen en cambio las creencias, tanto si se refieren a un ser humano, a un pueblo o a una época (apréciese la persistencia del rasgo historicista de la individuación y la equiparación de esos tres niveles de realidad). Ortega reconoce que en un tiempo histórico dado convive una pluralidad de creencias y es interesante anotar que a esto lo denomine *repertorio* (Ortega y Gasset 1941 2006: 48). Pero además reconoce que ese repertorio estructurado de creencias está sometido a socialización y a jerarquización. Y no sólo esto. Argumenta además – nótese que en coincidencia con lo defendido por Vodička – que la tarea del historiador es justamente descubrir el orden oculto de la jerarquía de ese repertorio, en Ortega no estrictamente estético o estimativo, sino más bien de naturaleza epistémica. ¿De dónde pudo proceder esta indudable proximidad? Creo que la clave la ofrece Peter Steiner cuando analiza la recepción de la obra de Ernst Cassirer entre los formalistas rusos, en especial en el propio Tinianov (Steiner 2001: 90–95), y se fija en la oposición entre la lógica sustancialista y la lógica relacional tal como figura expuesta en *Substanzbegriff und Funktionsbegriff* (1910). En ese punto es justo donde convergen la sistematicidad orteguiana de la historia y el pensamiento sistémico-

estará constituida plenamente como ciencia empírica, a semejanza de la física. Pues es un grave error suponer que puede existir una ciencia empírica labrada con puro empirismo, es decir, con la mera constatación de contingencias. Contingente es «lo que pasa» – pero nada pasa si además y antes no es[,] quiero decir, si no posee una estructura *a priori*. [...] Se impone, pues, frente al puro contingentismo en que ha sido educada nuestra mente reaprender la sabiduría que ya lograron los griegos – Parménides, Platón, Aristóteles –, según la cual «ser» significa las constantes de un fenómeno. Lo histórico que es, en definitiva, la vida humana en sus variaciones consiste, por lo pronto, en un sistema de constantes. Estas constantes son las que abren un margen a su propia variación” (Ortega y Gasset 1941 2008: 22–23).

funcional y relacional del máximo representante de la teoría de la Historia literaria entre los formalistas rusos¹⁵.

El gran cambio por el que se interesa Ortega es en ese terreno el producido entre 1900 y el momento en el que escribe, poco antes del estallido de la Guerra Civil española, auténtico preámbulo de la II Guerra Mundial. El paso dado representó deponer de la posición de jerarquía la fe en la razón experimental y en la ciencia para ubicar en su lugar, según la apreciación orteguiana, la vida humana como auténtica realidad. El cambio se reformula pues en estos términos: “el hombre no tiene naturaleza, sino que tiene... historia” (Ortega y Gasset 1941 2006: 73), lo cual representa tanto como decir que está en permanente cambio. En el lenguaje orteguiano lo anterior se formula indicando que la vida humana se expresa *en gerundio* y que los hechos se fluidifican “en el *fieri* de que proviene”. Ese es el camino por el que la razón histórica supondría una alternativa cognoscitiva, ética y estética a la razón físico-matemática. La historia sería así *sistema* para Ortega porque documenta la experiencia humana en toda su extensión, en toda su interdependencia, en su absoluta totalidad. Por eso señalará que “nada puede estar verdaderamente claro en historia mientras no está toda ella clara” (75). Véase en ello un nuevo registro del historicismo orteguiano, confluyente con la subordinación de la verdad al sentido, tan típica del historicismo no positivista. Un resultado concreto de estas premisas en el campo de la historia cultural y en el de la canonización artística correlativa lo constituye el ensayo titulado *Goya* (1958), de publicación póstuma en su formulación última, que he analizado en otro lugar. Lo único que querría destacar en este momento es que este operativo conduce en Ortega a una estética hermenéutica desprovista de entidad crítica

¹⁵ Una convergencia que afronta el conocimiento de las producciones artísticas y literarias con sentido divergente. Antiinmanentista a partir de cierto momento en ambos casos, pero en el ruso dirigido hacia el sistema cultural como horizonte y en el español marcado por una impronta hermenéutica hacia la razón histórica. Resulta significativo, por otra parte, que Pierre Bourdieu incorporara asimismo la diferenciación formulada por Cassirer en libros como *Raisons pratiques* para postular que lo real es lo relacional, principio heurístico clave en su pensamiento y en sus análisis de los campos cultural y del poder.

o analítica, motivo que contribuye a explicar por qué su método de exploración de la sistematicidad de la historia careció de proyección y de efectividad tras la desaparición del pensador. Y añadiré algo: la imposibilidad de un punto de encuentro entre las dos vías antipositivistas en las que nos estamos centrando – pongamos que las que tienen por referentes respectivos a Dilthey y a Tinianov –, más que diferir en su reacción común frente al *a priori* kantiano, frente al sujeto trascendental, acabaron haciéndolo por el lugar que la filosofía de la vida de Dilthey y sus continuadores, Ortega y Gasset entre ellos, reservaron a lo experiencial, a la *Erlebnis*, a la biografía y su reviviscencia a fin de cuentas. En buena medida, por la incorporación del psicologismo. Obviamente, la tradición empírico-semiótica europea que se reconocería varios decenios después en el legado sistémico-funcional de Tinianov, y que ajustó con no pocas dificultades heurísticas una forma de historicismo *otro* (el Lotman que gira hacia la noción de semiosfera, por ejemplo), integró los materiales más asimilables de aquella protosemiosis de la alteridad diltheiana y orteguiana pero arrumbó, con matices ya desde los escritos de Eichenbaum sobre Nekrasov y Gogol (Bajtín 1928 trad. 1994: 227–232), la tendencia a un biografismo duplicado, el referido al engranaje entre las vivencias de autor y crítico, débil en términos metodológicos y válido apenas como registro del pensamiento del segundo.

El verdadero motor de la reacción antipositivista en la Europa de los años 30 llegó con Marc Bloch y Lucien Febvre, directores de la revista *Annales* desde 1929 hasta el asesinato en 1944 de Bloch por el nazismo, lo que propició la entrada de Fernand Braudel en la codirección. Desde el principio, la propuesta se configuró como respuesta al protagonismo histórico de los grandes hechos aislados y sus grandes protagonistas, e igualmente como llamada de atención sobre la existencia de procesos de *longue durée*, lo cual exigió la aplicación de una metodología serial con fundamento multidisciplinar y la renuncia probablemente definitiva a la posibilidad de construir historiografías válidas al margen de la constitución de equipos plurales de sociólogos, politólogos, geógrafos, lingüistas, economistas, demógrafos, estadísticos y otros especialistas coordinados con los historiadores. Por la axialidad de la Historia y su postulación como lugar de encuentro de todas estas disciplinas

podría plantearse que *Annales* quiso reinventar el historicismo, pero esta es una exageración que fue a menudo rechazada de forma explícita por los miembros de las sucesivas generaciones de miembros de la Escuela. Lo que ahora interesa destacar es la existencia innegable de una serie de elementos, ya en la trayectoria inicial de *Annales*, que posibilitan la asociación con lo que representaron Iuri Lotman y la escuela de Tartu-Moscú, asunto que ha sido estudiado por Bogusław Żyłko en trabajos recientes (Żyłko 2006 y 2007).

En el trabajo de la primera promoción de *Annales* se constata ya una semiotización de la historia con la asimilación, tan central al proyecto del nuevo historicismo anglosajón en los pasados años 80, de la textualidad de la historia por la forma en la que llegan al historiador los hechos: ya como textos, casi siempre como registros fragmentarios y parciales. De ahí la idea cara a Lotman del investigador como intérprete y traductor de códigos y lenguajes, como explorador de la semiosfera y de sus autodescripciones. Recuérdense estas palabras del trabajo “Un modelo dinámico del sistema semiótico” (1974):

el estudio de la cultura de tal o cual etapa histórica incluye no sólo la descripción de la estructura de esa cultura desde la posición del historiador, sino también la traducción, al lenguaje de esa descripción, de la propia autodescripción de esa cultura y de la descripción del desarrollo histórico por ella creada, resumen del cual ella se consideraba a sí misma. (Lotman 1974 trad. 1998: 72)

Según Żyłko, que se apoya en textos del propio Lotman, la gran diferencia entre lo que representa Tartu y lo que fue *Annales* radicaría en el exceso de atención de la escuela francesa a la larga duración y en especial sus concesiones aún no controladas al determinismo histórico y, por tanto, también la reducción de la historia a ciencia de la predictibilidad. Para Lotman, en la mentalidad de los *annalistas* no entraría la posibilidad de lo que frente a la gradualidad de la historia cultural o de la historia en general él mismo estudió como *explosión*, concepto que de nuevo tiene un correlato en la teoría sistémica even-

zohariana a través del concepto de *energía*¹⁶ (Even-Zohar 2002) y que, según él mismo se encargó de reforzar en conversación con Peeter Torop (1993: 128), podría abrir un campo nuevo para la semiótica de la cultura y para la propia Historia cultural:

Yo creo que si hay alguna idea de las nuevas que realmente tenemos en nuestras manos, una de ellas, me parece que la más importante, es la idea del sentido histórico, científico o de algún otro significado, de la impredecibilidad; la impredecibilidad como objeto científico. Hasta ahora, o bien considerábamos que no existía la impredecibilidad, siguiendo a Hegel, o bien suponíamos que si existe se encuentra más allá de los límites de la ciencia. Esto era lo que daba a nuestra ciencia una extensión muy pequeña. Y en esencia la ciencia recibía una débil reproducción de la realidad. Lo impredecible, o lo casual, si esta palabra le gusta más, cuyo mecanismo, por cierto, es uno de los principales objetos de la ciencia, incorpora de una forma totalmente nueva en la ciencia el papel del arte. Porque si la ciencia de alguna forma está orientada hacia lo predecible, por lo menos hasta ahora así lo estaba, sin embargo, el arte estuvo siempre orientado hacia lo impredecible.

En otro lugar, Lotman lo expresó en forma de máxima, sirviéndose de las investigaciones de Ilya Prigogine sobre los procesos naturales de fluctuación y bifurcación: “La historia no es un proceso unilineal, sino un torrente multifactorial” (Lotman 1992b trad. 1998: 252). Esto mismo es lo que ha llevado a Żyłko a oponer las concepciones de Uspenski y de Lotman en relación con la tarea del historiador y con la propia conformación disciplinar de la Historia: para el primero la Historia estaría fundamentada en una semiosis filológico-retrospectiva mientras que para Lotman habría que hablar de una *semiosis prospectiva* que algo tiene que ver con la noción hermenéutica de historia efectual tal como se ha desarrollado por Gadamer, Ricoeur o Valdés.

¹⁶ En todo caso, como ha destacado Lourido Hermida (2007), la orientación nomotética de la teorización de Even-Zohar es remisa a dar cabida a lo impredecible en el sentido exacto que interesó a Lotman.

Para finalizar concretaré, en línea con un trabajo anterior (Casas 2008), los que me parecen tres planos de observación más relevantes a propósito de una historiografía capaz de informar en perspectiva semiótica sobre la sistematicidad de la cultura. El primero es la existencia de fronteras o límites de la semiosfera en tanto sistema y la decisión sobre el modo idóneo para informar sobre ello desde una perspectiva histórica. En particular, a propósito de los dos niveles de interacción antes mencionados: sistema-extrasistema y sistema-sub-sistema. Ello introduce una vertiente comparada y a la vez la exigencia de adoptar una explicación sobre el modo de incorporación al discurso historiográfico de la subalternidad, de la dependencia, de la heteronomía o de la periferia cultural. Es decir, de todo lo no canonizado. De aquello que pertenece a los márgenes del sistema o incluso a lo que Lotman (1974 trad. 1998: 65–72) engloba en lo extrasistémico y lo alosistémico, esto es, lo que pertenece a un sistema diferente.

El segundo es el hecho cierto, ya tratado por Ortega y reconsiderado posteriormente por Lotman, pero sobre todo reactivado en términos estrictamente sociológicos por Pierre Bourdieu, de que la historia cultural debería informar no sólo de lo preponderante/canonizado o de lo que se impone, sino además de las opciones en liza, de las alternativas existentes en el campo como tomas de posición (“prises de position”). En definitiva, de lo que la sociología del campo literario denomina “espace des possibles”, con vinculación asimismo al *habitus* como objeto de estudio histórico. En el pensamiento del último Lotman, como ha visto con precisión Żyłko, se produjo un giro similar:

la tarea principal de los historiadores es exponer el pasado en su total complejidad. Deberían interesarse no sólo en las soluciones históricas realizadas, sino tener en cuenta las posibilidades “cortadas” no realizadas. Estas últimas forman un fondo indispensable que permite mostrar toda la “energía” de la historia y su “informatividad”. (Żyłko 2006)

El tercer plano es el de la forma historiográfica de la diacronía cultural: ¿cómo se concreta la atención a distintos momentos histó-

ricos?, ¿qué forma se le ha dado y puede dársele a esta atención? A este respecto es pertinente de nuevo la distinción entre gradualidad y explosión por parte de Lotman (1992), puesto que la primera pregunta es sobre el modo en el que la Historia considera y explica la dialéctica entre continuidad y cambio cultural – incluso con atención, según se ha dicho, a los factores casuales – y la segunda se refiere a la forma en la que la descripción/ narración histórica semiotiza las que son sus únicas condiciones esenciales, temporalidad y causalidad¹⁷ (Uspenski 1988–1989). Vienen a ser, nuevamente, claves con incidencia directa en la cuestión del canon, sistematizadas también en este caso con pericia heurística por la escuela de Tel Aviv.

Terminaré recordando las palabras con las que Iuri Lotman abrió su libro *Cultura y explosión* (1992a trad. 1999: 11): “Las cuestiones fundamentales de todo sistema semiótico son, en primer lugar, la relación del sistema con el extrasistema, con el mundo que se extiende más allá de sus límites, y, en segundo lugar, la relación entre estática y dinámica”. Sigue siendo un programa por cumplir al que el propio Lotman llegó a poner nombre. Se trata del desarrollo de la semiótica de la cultura como semiótica histórica.

Referencias

- Bajtín, M. (P. N. Medvedev) 1928. *Formal'nyj metod v literaturovedenii*. Leningrado: Privoi. Citado por la traducción de T. Bubnova, *El método formal en los estudios literarios. Introducción crítica a una poética sociológica*. Madrid: Alianza, 1994.
- Bourdieu, P. 1997. *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama. Edición original en francés de 1994.
- Cáceres, M. 2007. Literatura, cultura, historia. – Presentación de *Entretexos*. *Revista electrónica semestral de Estudios semióticos de la cultura*: 9 <<http://www.ugr.es/~mcaceres/entretextos/entre9/pdf/presenta9.pdf>>. [Consulta: 22/12/2009].

¹⁷ Aquí reside la diferencia – añade Uspenski – con el tiempo mitológico, que en realidad niega la temporalidad; en segundo lugar, con la cronología y la genealogía, desentendidas de la causalidad; y, en fin, con la descripción cosmológica, donde domina una causalidad ajena a la temporalidad.

- Carreras Ares, J. J. 2000. *Razón de historia. Estudios de historiografía*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Casas, A. 2008. Constituição de umha História literária de base sistémica: o sistema cultural como objecto de análise histórica no programa de investigação de Itamar Even-Zohar. – *Veredas. Revista da Associação Internacional de Lusitanistas*: 10, 27–55.
- Even-Zohar, I. 1990. Polysystem Studies. – *Poetics Today*: 11 (1).
- Even-Zohar, I. 2002. Culture Planning and Cultural Resistance in the Making and Maintaining of Entities. – *Sun Yat-Sen Journal of Humanities*: 14, 45–52.
- Galan, F.W. 1988. *Las estructuras históricas. El proyecto de la Escuela de Praga (1928–1946)*. México D.F.: Siglo Veintiuno. Edición original en inglés de 1984.
- Jakobson, R., y Tinianov, J. 1970. Problemas de los estudios literarios y lingüísticos. – Tz. Todorov ant., *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*. México D.F.: Siglo Veintiuno, 103–105. Edición original en ruso de 1928.
- Koselleck, R. 2004. *Historia/Historia*. Madrid: Trotta. Original alemán de 1975.
- Lavagetto, M. ed. 1999. *Il testo letterario. Istruzioni per l'uso*. 2ª ed. Roma y Bari: Laterza.
- Lotman, Iu. M. 1974. Dinamicheskaja model' semioticheskoi sistemy. – Citado por la traducción de D. Navarro, Un modelo dinámico del sistema semiótico. – *La Semiosfera II: Semiótica de la cultura, del texto, de la conducta y del espacio*. Navarro, D. ed. Madrid: Cátedra y Universitat de València, 1998, 63–80.
- Lotman, Iu. M. 1984. O semiosfere. – Citado por la traducción de D. Navarro, Acerca de la semiosfera. – *La Semiosfera I: Semiótica de la cultura y del texto*. Navarro, D. ed. Madrid: Cátedra y Universitat de València, 1996, 21–42.
- Lotman, Iu. M. 1992a. *Kul'tura i vzryv*. Moscú: Gnosis. Citado por la traducción desde el italiano de D. Muschietti, *Cultura y explosión. Lo previsible y lo imprevisible en los procesos de cambio social*. Barcelona: Gedisa, 1999.
- Lotman, Iu. M. 1992b. Klio na rasput'e. – Citado por la traducción de D. Navarro, Clío en la encrucijada. – *La Semiosfera II: Semiótica de la cultura, del texto, de la conducta y del espacio*. Navarro, D. ed. Madrid: Cátedra y Universitat de València, 1998, 244–254.
- Lourido Hermida, I. 2007. *Posibilidades e límites dunha historia literaria sistémica. Unha aplicación ao caso quebequés*. Trabajo de investigación

- inédito presentado en el programa de doctorado de Teoría de la literatura y Literatura comparada de la Universidade de Santiago de Compostela.
- Ortega y Gasset, J. 1928. La Historiología. – Citado por *Obras Completas*, t. VIII: 1926–1932 / *Obra póstuma*. Madrid: Santillana y Fundación José Ortega y Gasset, 2008, 19–23.
- Ortega y Gasset, J. 1941. Historia como sistema. – Citado por *Obras Completas*, t. VI: 1941–1955. Madrid: Santillana y Fundación José Ortega y Gasset, 2006, pp. 45–81. La edición original del ensayo apareció en Londres en lengua inglesa en 1936.
- Rodríguez, J.C. 1996. Historicismo y evolucionismo (Contornos para una Historia de la Literatura). – *El Gnomo. Boletín de Estudios Becquerianos*: 5, 125–149.
- Sela-Sheffy, R. 2002. Canon Formation Revisited: Canon and Cultural Production. – *Neohelicon*: 29 (2), 141–159.
- Steiner, P. 2001. *El formalismo ruso. Una metapoética*. Madrid: Akal. Edición original en inglés de 1984.
- Talvet, J. 1997. Describir la modernidad: Gracián, Ortega, Lotman. – Cáceres, M. ed., *En la esfera semiótica lotmaniana. Estudios en honor de Iuri Mijáilovich Lotman*. Valencia: Episteme, 223–234.
- Torop, P. 1993. Peeter Torop conversa con Iuri M. Lotman. – *Discurso*: 8, pp. 123–137. Transcripción de un diálogo mantenido en Tartu en septiembre de 1992.
- Uspenski, B. A. 1988. *Historia sub specie semioticae*. – Lucid, D.P. ed., *Soviet Semiotics. An Anthology*. Baltimore: The Johns Hopkins UP, 107–115. Edición original en ruso de 1974.
- Uspenski, B. A. 1988–1989. Istoria i semiotika (vospriatie vremeni kak semioticheskaia problema). – *Semeiotiké. Trudy po znakovym sistemam*: 22, 67–84, y 23, 18–38. Citado por la traducción de R. Guzmán, La Historia y la Semiótica. (La percepción del tiempo como problema semiótico). – *Discurso*: 8 (1993), 47–89.
- Vodička, F. 1995. *La historia literaria: sus problemas y tareas*. Valencia: Episteme. Original en checo de 1942.
- Volek, E. ed. 1992. *Antología del formalismo ruso y el Grupo de Bajtin*. Vol. 1: *Polémica, historia y teoría literaria*. Madrid: Fundamentos.
- Zylko, B. 2006. La semiótica de la historia en los trabajos del grupo de Tartu-Moscú. – *Entretextos. Revista electrónica semestral de Estudios semióticos de la cultura*: 6
 <<http://www.ugr.es/~mcaceres/entretextos/entre7/zylko.htm>>.
 [Consulta: 22/12/2009].

Zylko, B. 2007. I. M. Lotman y algunas cuestiones acerca del discurso histórico. – *Entretextos. Revista electrónica semestral de Estudios semióticos de la cultura*: 9
<<http://www.ugr.es/~mcaceres/entretextos/entre9/zylko.html>>.
[Consulta: 22/12/2009].